

“Fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote” es su lema El Año Sacerdotal: un regalo que también nos compromete

Si se me permite comenzar esta sencilla colaboración con una referencia personal, lo haré señalando que en este mes de octubre se cumplen diez años de mi ordenación sacerdotal, que tuvo lugar en la catedral de Mondoñedo, el 12 de octubre de 1999, festividad de Nuestra Señora del Pilar, de manos de Mons. Gea Escolano. Aquella celebración y todo lo que la rodeó (mi etapa pastoral como diácono en la parroquia de Nuestra Señora del Rosario, la preparación inmediata, la primera misa en mi parroquia de San Pedro de Ferrol, etc.) fue un inmenso regalo de Dios. Y hoy puedo decir que el paso de todo este tiempo no ha disminuido en absoluto mi conciencia de que efectivamente el ministerio sacerdotal es uno de los mayores dones con que Dios puede agraciarnos. Siendo un gran don es también, por supuesto, una tarea y una responsabilidad. Nunca nos haremos dignos o acreedores de ser sacerdotes por aquello que hagamos, pero al gozo de haberse sentido llamado por Dios ha de corresponder el empeño por la fidelidad al ministerio recibido, aún siendo conscientes como somos de nuestra limitación y fragilidad.

El sacerdocio como don y tarea es uno de los exponentes de esa tensión, propia de la vida cristiana, que encuentra en la Encarnación de Dios su máxima expresión: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre. La tentación, a lo largo de la historia y hasta nuestros días, es siempre la de eliminar o minusvalorar uno de los polos de los muchos binomios en que se plasma esa tensión: Cristo Dios-hombre, gracia de Dios-libertad humana, acción-contemplación, Palabra- Sacramentos, Escritura-Tradición, unidad-diversidad, etc. Creyendo como creemos en la encarnación de Dios, deberíamos ser más capaces de integrar esos elementos aparentemente contradictorios, pero con frecuencia optamos por el camino más fácil y cómodo y sacrificamos un aspecto para exagerar el otro, desvirtuando la auténtica grandeza y novedad del cristianismo. En ese peligro, cómo no, ha caído también a lo largo de la historia el ministerio sacerdotal, que se ha entendido y vivido, por ejemplo, tanto desde una concepción tan sacralizada que apartaba al sacerdote del mundo y de la gente, como desde su opuesta que desdibujaba la identidad y la misión del presbítero; o, por ofrecer sólo otra perspectiva, se puede concebir al sacerdote de forma tan radical desde su vinculación a Cristo que se elimine su vertiente comunitaria, como también se le puede reducir a un mero servidor de la comunidad, que nace de ella y para ella, anulando la necesaria raíz cristológica del ministerio sacerdotal.

Probablemente para tranquilidad del lector que a estas alturas no haya abandonado la lectura, dejo ya esas cuestiones más teológicas, porque a donde en realidad quiero llegar es a referirme al Año sacerdotal que S.S. Benedicto XVI ha decidido convocar, con motivo del 150 aniversario de la muerte de san Juan Bautista María Vianney, el santo Cura de Ars, y que se inauguró, en Roma como en cada una de las diócesis del mundo, la nuestra incluida, el pasado 19 de junio, solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús, prolongándose hasta esa misma festividad del año próximo. Tal y como anuncio en el título, creo que este Año es un regalo que hemos de agradecer al Papa, pero que también hemos de verlo como una iniciativa que reclama de nuestro compromiso.

Es un regalo, por supuesto ante todo para los sacerdotes, pero también para todo el Pueblo de Dios, que ha de servir para, en palabras del mismo Papa, “redescubrir y fortalecer más la conciencia del extraordinario e indispensable don de gracia que el ministerio ordenado representa para quien lo ha recibido, para la Iglesia entera y para el mundo” (en su audiencia del pasado 24 de junio). El sacerdote es un signo de la fidelidad de Cristo al mundo, de que su amor por cada persona es vivo y real “ayer, hoy y siempre”. Tener la ocasión de recordarlo y fortalecer esa conciencia en toda la Iglesia es el primer regalo que este Año quiere hacernos. A él se une el de tener una buena oportunidad para acercarnos todos a la gran figura de aquel humilde cura de aldea que fue san Juan María Vianney, todavía no suficientemente conocida.

Pero, como no puede ser de otra forma, este Año también “tiene como finalidad favorecer la tensión de todo presbítero hacia la perfección espiritual de la cual depende sobre todo la eficacia de su ministerio” (el Papa, en esa misma audiencia) y “desea contribuir a promover el compromiso de renovación interior de todos los sacerdotes, para que su testimonio evangélico en el mundo de hoy sea más intenso e incisivo” (en la carta de convocatoria, cuya lectura, por cierto recomiendo sinceramente a todos para profundizar en el sentido de este Año). Es, por tanto, un tiempo que los sacerdotes hemos de aprovechar

para renovar nuestra fidelidad a la llamada recibida. Pero, junto a ello, creo que el compromiso al que llama no se limita a nosotros. Es más, probablemente poco podremos hacer sin la ayuda, sobre todo mediante la oración, de todos los bautizados.

En ese sentido, creo que este Año tendría que ser vivido a nivel personal y comunitario, en cada parroquia y cada grupo, como un Año de oración por las vocaciones sacerdotales y por la santificación de los sacerdotes. Y, si cabe, ahí los adoradores tenéis una responsabilidad especial. En la carta de convocatoria a la que ya he hecho mención, el Papa se refiere a la intensa espiritualidad eucarística del Cura de Ars, y cómo “de su ejemplo aprendían los fieles a orar, acudiendo con gusto al sagrario para hacer una visita a Jesús Eucaristía. ‘No hay necesidad de hablar mucho para orar bien’, les enseñaba el Cura de Ars. ‘Sabemos que Jesús está allí, en el sagrario: abramosle nuestro corazón, alegrémonos de su presencia. Ésta es la mejor oración’”. No creo que sea, por tanto, casualidad que la inauguración en Roma de este Año sacerdotal se hiciese en el marco de las Vísperas del Sagrado Corazón de Jesús, seguidas de un tiempo de adoración eucarística. Desde estas líneas os invito a que, cada vez que estéis ante el sagrario, en efecto os alegréis de su presencia y le abráis vuestro corazón, dándole gracias a Dios por el don del sacerdocio, pidiéndole por las vocaciones sacerdotales, y encomendándonos a nosotros, para que la Fidelidad de Cristo no deje de encontrar en la tierra un reflejo, por limitado que sea, en la fidelidad de los sacerdotes.

Xoán Xosé Fernández Fernández
Sacerdote diocesano

TEMA DE REFLEXIÓN

OCTUBRE 2009

«BENDITA TU ENTRE LAS MUJERES»

(Lc 1, 42)

Así aclamó Isabel a María, cuando ésta la visitó en Ain Karem:

—¡Bendita tu entre las mujeres,
y bendito el fruto de tu vientre!

La aclamación subraya el reconocimiento de la superioridad de la Virgen por parte de una mujer extraordinariamente favorecida con la gracia de la fecundidad milagrosa de la vejez. «Isabel —le había dicho el ángel a María— ha concebido en su vejez, y ya está de seis meses la que llamaban estéril» (Lc 1, 36).

Para Isabel, lo suyo —con ser fuera de lo normal— había sucedido otras veces en la historia de su Pueblo: Estériles y ancianos habían concebido... Sara la mujer de Abraham, la madre de Sansón, y Ana la esposa de Elcana y madre de Samuel. Lo de María —concepción virginal— no había ocurrido nunca. Y es que no iba a ser madre de ningún Patriarca ni Profeta, sino del mismo Dios. «¿De dónde a mí me venga a mí la Madre de mi Señor?» (Lc 1, 43).

La expresión ¡Bendita tú entre las mujeres! recurre otras dos veces en el Antiguo Testamento.

En el Cántico de Débora, que recoge el Libro de los Jueces, se dice de Yael, la mujer de Yéber el quenita, porque atravesó con un clavo las sienes del general cananeo Sisara, adversario de Israel:

«¡Bendita entre las mujeres Yael,
la mujer de Yéber el quenita!
Entre las mujeres que habitan en tienda
¡bendita sea!»

(Jueces 5, 24)

Y en el Libro de Judit se canta de la protagonista, que cortó la cabeza de Holofernes:

«¡Bendita seas, hija de Dios Altísimo,
más que todas las mujeres de la tierra!
¡Y bendito sea Dios, el Señor,
Creador del cielo y de la tierra,
que te ha guiado para cortar la cabeza
del jefe de nuestros enemigos!»

(Judit 13, 18)

No le van a María alabanzas por esos motivos.

Ella no se distinguió por proezas guerreras.

Como no se entienda así el haber contribuido —y es proeza guerrera inigualable— a machacar la cabeza de la Serpiente Infernal (Gen 3, 15).

Pero Isabel dijo lo que dijo de María por otros motivos.

La llamó bendita entre las mujeres... ¡por el fruto de su vientre!

Como aquella mujer de la turba que le dijo a Jesús aquel piropo:

—«¡Dichoso el vientre que Te llevó,
y los pechos que Te alimentaron!» (Lc 11, 27).

Eso sí le va a María.

Y sólo a Ella.

Y si Jesús añadió a la buena mujer de la turba: «¡Dichoso más bien el que oye la Palabra de Dios y la cumple!», Isabel se encarga de asegurarnos que así lo hizo María: «Dichosa Tú por haber creído que se cumplirán en Ti las palabras que te ha dicho el Señor.»

También esto le va a María: «Aquí está la esclava del Señor. Hágase en mí según tu Palabra» (Lc 1,38).

Y más que a nadie.

¿No nos tiemblan de gozo los labios cuando rezamos cada día: «Bendita Tú eres entre todas las mujeres»?

Yo sé. Madre, que la Maternidad divina es en Ti privilegio singular, y que en eso eres admirable —¡bendita entre todas las mujeres!—, pero no imitable.

Sin embargo, en tu escucha de la Palabra de Dios y su puesta en práctica, todos te podemos imitar.

Y Jesús ha dicho:

—«Todo el que cumpla la voluntad de mi Padre celestial, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre» (Mt 12, 50).

Así de bonito.

¡Y de verdad!

Madre, me quiero parecer a Ti.

CUESTIONARIO

- ¿Tenemos idea clara de la verdadera grandeza de María?
- ¿La honramos como Dios la honró y quiere que sea honrada?
- ¿La vemos, a pesar de eso, cercana e imitable?

INTENCIONES DEL PAPA

Octubre General: *Que se viva el domingo como el día de la celebración comunitaria al Señor Resucitado, participando en la mesa de la Eucaristía.*

Misional: *Que el Pueblo de Dios se empeñe en la misión evangelizadora encargada por Cristo, como el mayor servicio a la humanidad.*

Intenciones de la Conferencia Episcopal Española

Octubre: *Que sea ejercido sin obstáculos el derecho de los padres a educar a sus hijos según sus propias convicciones morales y religiosas.*

Test de “estima sacerdotal”

¡Cuántas veces son los propios fieles los que nos recuerdan a nosotros, los sacerdotes, el don tan grande que hemos recibido!

El inicio del curso pastoral es una buena ocasión para recordar que estamos ya avanzados en la celebración del Año Jubilar Sacerdotal, convocado por Benedicto XVI en el 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, patrono de los sacerdotes.

Algunos han podido pensar equivocadamente que un Año Jubilar Sacerdotal es una cuestión interna del ámbito clerical. ¡Ni mucho menos! **¡Cuántas veces son los propios fieles los que nos recuerdan a nosotros, los sacerdotes, el don tan grande que hemos recibido!** En realidad, cuando alguien se acerca a un sacerdote con verdadero deseo de encontrar a Dios está contribuyendo, sin darse cuenta, a la fidelidad de ese sacerdote y a la promoción de las vocaciones sacerdotales.

¿Valoramos el sacerdocio y queremos a nuestros sacerdotes?... Recuerdo que hace unos años estuvo de moda un tipo de “test” en el que se preguntaba sobre nuestras actitudes ante un determinado tema, ofreciendo finalmente una evaluación, según las respuestas emitidas. Con un poco de humor, vamos también nosotros a diseñar un “test de estima sacerdotal” que nos sirva de autoevaluación:

1.- ¿Has rezado últimamente por tu párroco, por tu obispo o por el Papa?

- a) Ni siquiera sé cómo se llaman.
- b) En la Misa ya se suele pedir por ellos, y yo me sumo a esa petición.
- c) Lo hago todos los días en mi oración personal.

2.- ¿Has abierto tu conciencia a un sacerdote, confiando en que pueda ayudarte en tus problemas?

- a) Cada uno tiene que solucionar sus problemas.
- b) “Cuatro ojos ven más que dos”... Siempre es conveniente escuchar y acoger los consejos de quien pueda ayudarnos.
- c) La mayor ayuda que he recibido de un sacerdote ha sido cuando sus consejos venían unidos al perdón de Dios en el sacramento de la Confesión.

3.- Cuando entre tus amistades escuchas comentarios anticlericales...

- a) He seguido la corriente, para no quedar mal.
- b) Me he hecho el sordo, como si estuviese a otra cosa.
- c) He dicho lo que pensaba, dando testimonio de mi fe.

4.- En un sacerdote veo...

- a) Una “reliquia” del pasado.
- b) Un “profesional” de la religión.
- c) Un ministro de Dios; “otro Cristo” entre nosotros.

5.- ¿Cuántas veces has invitado al párroco a tu casa?

- a) Al cura se le llama sólo cuando ha muerto alguien.
- b) Cuando está la abuela con nosotros, suele traer la Comuni3n.
- c) Varias veces... Me encantó cuando nos relató en una sobremesa la historia de su vocación.

6.- Cuando oyes a un sacerdote predicar...

- a) Le atiendo dependiendo de sus cualidades oratorias.
- b) Le escucho si el tema del que habla me resulta interesante.
- c) Veo en él un instrumento por el que Dios me habla.

7.- Cuando se hace una colecta en favor de los seminarios...

- a) “Los curas” están siempre pidiendo.
- b) ¡Se pide para tantas cosas! ¡Una más!
- c) Colaboro gustosamente, porque pienso que ninguna vocación debería frustrarse por falta de medios económicos.

8.- Cuando veo un sacerdote anciano en la Iglesia o por la calle...

- a) Me viene a la cabeza que la Iglesia está de capa caída.

- b) Lo importante es que diga la Misa rapidito.
- c) Doy gracias a Dios por su fidelidad y por todo el bien que haya podido hacer.

9.- Cuando veo un sacerdote joven en el altar...

- a) Desconfío de su inexperiencia. ¿Qué me va a decir a mí?
- b) Le observo a ver cómo lo hace, y le “califico”.
- c) Doy gloria a Dios por su vocación y le encomiendo intensamente.

10.- ¿Cómo reaccionarías si tu hijo te dijese que quiere ser sacerdote?

- a) Le preguntaría a ver si se ha vuelto loco, y le recordaría que tenemos que conservar el apellido.
- b) Le pediría que se lo pensase bien y que primero haga una carrera universitaria.
- c) Me llevaría una de las alegrías más grandes de mi vida, y le apoyaría plenamente.

11.- ¿Le has planteado a algún niño, adolescente, o joven, la posibilidad de ser sacerdote el día de mañana?

- a) Yo no me meto en líos. Allá cada uno con su vida.
- b) Soy de la opinión de que hay que valorar todas las vocaciones, aunque sean diferentes a la nuestra.
- c) Sí que me he fijado en alguien concreto, y rezo por él... Un día de estos se lo “dejaré caer”.

12.- ¿Qué piensas de la expresión del Santo Cura de Ars: “El sacerdote es el amor del Corazón de Jesús”?

- a) Me parece un espiritualismo desencarnado.
- b) Pienso que eso sólo se podría decir de algún cura santo.
- c) Creo que es exactamente así, aunque “lleven este tesoro en vasijas de barro” (2 Co 4, 7).

Evaluemos qué tal te ha ido:

Si la letra “a” aparece en la mayoría de tus respuestas..., me sorprende que este test haya llegado a tus manos; pero le doy gracias a Dios de que así haya sido, para poder decirte como sacerdote que soy que Dios te quiere con locura y que espera de ti una respuesta de amor.

Si a la mayoría de las preguntas has respondido con la “b”, me gustaría decirte que no estás disfrutando de los tesoros que Dios te ofrece por medio del sacerdocio.

Pero, si la letra “c” es la tuya... entonces te digo que no dejes de rogar a Dios por la santificación de los sacerdotes y por el aumento de vocaciones sacerdotales, porque estoy segurísimo de que, a ti, Dios te va a escuchar.

José Ignacio Munilla

El crucifijo

Monseñor Demetrio Fernández, obispo de Tarazona

TARAZONA, sábado, 12 septiembre 2009 (ZENIT.org).- Publicamos el mensaje que ha escrito monseñor Demetrio Fernández, obispo de Tarazona, con el título “El crucifijo”.

* * *

Cuando se quiere quitar de la plaza pública a Dios, cuando se quiere prescindir de Dios, como si Dios fuera un estorbo, cuando se quiere arrancar del corazón de nuestro niños y jóvenes a Jesucristo, se quita el crucifijo de la escuela, de los hospitales, de todo ámbito de la vida pública.

El 14 de septiembre celebra la Iglesia la fiesta de la santa Cruz. "La señal del cristiano es la santa Cruz, porque en ella murió nuestro Señor Jesucristo para redimir a todos los hombres", dice el catecismo de la Iglesia. La cruz inicia y corona todas las obras cristianas, la cruz corona nuestros templos, preside nuestra mesa de estudio, la llevamos colgada en el pecho. Al entrar en un templo, cuando vemos pasar una imagen sagrada, cuando oramos por un difunto, nos hacemos la señal de la cruz. La cruz es el símbolo del cristianismo, es la señal de cristiano.

Por eso, cuando se quiere quitar de la plaza pública a Dios, cuando se quiere prescindir de Dios, como si Dios fuera un estorbo, cuando se quiere arrancar del corazón de nuestro niños y jóvenes a Jesucristo, se quita el crucifijo de la escuela, de los hospitales, de todo ámbito de la vida pública.

Quienes pretenden quitar el crucifijo argumentan con razones de laicidad. Dicen que si el espacio público es de todos, Dios no debe aparecer por ningún lado, porque en la vida pública en la que hoy nos encontramos hay creyentes y no creyentes, hay cristianos y musulmanes, hay creencias e increencias de todo tipo. Sin embargo, esa laicidad, que tiene que suprimir a Dios para afirmarse a sí misma, es una laicidad sin futuro, es una laicidad que no hace bien al hombre. Es una laicidad que tiene que arrasar toda una historia, unas costumbres, una cultura, que es cristiana en sus raíces y en sus expresiones.

Que el Estado es laico quiere decir que oficialmente no confiesa ninguna religión, pero al mismo tiempo favorece la religión de sus ciudadanos, porque considera la religión como un bien para el hombre, para los ciudadanos a los que sirve. Pero cuando suprime todo signo religioso, adopta una postura directa de ataque a lo religioso, que contradice la sana laicidad. Un Estado verdaderamente laico respeta las creencias y convicciones de sus ciudadanos, las favorece y las apoya siempre, porque la religión es una dimensión fundamental de la persona. Cuando, por el contrario, ataca las convicciones religiosas de sus ciudadanos (sean los que sean), deja de ser un Estado laico para convertirse en un Estado confesionalmente ateo. Porque sólo a los ateos les molesta Dios y los signos religiosos

En España, nos encontramos con una situación de verdadera persecución religiosa solapada, con este y con otros muchos hechos concretos. Es una persecución que recorta la libertad religiosa, particularmente la libertad de los católicos, porque a otras religiones quizá no se atrevan a perseguirlas por lo que pueda pasar. Se está gestando la nueva ley de libertad religiosa. A ver por dónde sale, pero, con estos preámbulos, nos tememos lo peor, sobre todo en el ámbito de la objeción de conciencia.

Curiosamente, en estas circunstancias, aparecen testimonios muy elocuentes de católicos coherentes, que respetando todas las leyes, plantan cara a esta persecución solapada, y tienen una eficacia insospechada. Ha sido la postura del alcalde de Baena, que se ha negado a retirar el crucifijo del ayuntamiento que preside, y es la postura de tantas personas que no esconden ni disimulan su condición de católicos convencidos. Es momento de dar la cara. Quizá necesitamos que nos pinchen para reaccionar positivamente. Toma un crucifijo en tus manos, cuélgalo en tu pecho, llévalo siempre contigo. La señal del cristiano es la santa Cruz. Teniendo a Jesucristo, lo tienes todo. No te avergüences nunca de ser discípulo suyo. Con su ayuda y su evangelio, y sólo así, podrás mejorarte a ti mismo y podrás construir un mundo mejor.

TEMA DE REFLEXIÓN

NOVIEMBRE 2009

«¡ANIMO! SOY YO. NO TENGÁIS MIEDO»
(Mt 14, 27; Mc 6, 50; Jn 6, 20)

El episodio sigue inmediatamente a la primera multiplicación de los panes y lo peces, y es uno de los pocos de la vida pública de Jesús en los que Juan coincide con los evangelistas sinópticos.

Una vez realizado el milagro, dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle Rey, obligó a los discípulos a subir a la barca y a ir por delante de El a la otra orilla, mientras El despedía a la gente y se retiraba, solo, al monte para orar. Entrada la noche. Jesús seguía en tierra. Soplaban un viento fuerte, y el mar comenzó a encrespase y la barca era zarandeada por las olas. Cuando habían recorrido unos veinticinco o treinta estadios —como cinco kilómetros—, hacia la cuarta vigilia de la noche —entre las tres y las seis de la madrugada—, Jesús vino hacia ellos caminando sobre el mar, y quería pasarlos de largo. Ellos se turbaron y decían: ¡Es un fantasma!, y de miedo se pusieron a gritar. Pero El les dijo: «¡Animo! Soy Yo. No tengáis miedo.»

A menudo el Señor nos hace subir a la barca en la oscuridad, y permite que sea zarandeada por las olas.

Todo entonces se nos antojan fantasmas. Y echamos la culpa al viento, y nos sublevamos contra los presuntos causantes de nuestros males.

Nos cuesta reconocer que detrás pueda estar el Señor. ¡Qué bien nos vendría oír su voz en la oscuridad, asegurándonos que el aparente fantasma es El! ¡Qué hermoso sería oírle decir en la noche: ¡Animo! Soy Yo. No tengáis miedo. Y ¿por qué no lo oímos, si esa es la verdad?

Una vez se levantó contra mí una tormenta.

Me parecía saber de dónde soplaban el viento.

Y cobraron cuerpo ante mis ojos los fantasmas de mis enemigos.

Pero me equivocaba.

No eran ellos.

Eras Tú quien encrespabas las olas a mi alrededor, intentando que yo Te reconociera detrás. ¡Cuanto sufrimiento me habría ahorrado, si hubiera oído tu voz y hubiera tenido la certeza de que estabas junto a mí... ¡la certeza de que eras Tú...!

Otras veces es la barca de mi Iglesia la que veo zozobrar.

Y se me olvida que no se puede hundir.. porque en ella vas Tú.

No te veo.

Pero si, al menos, supiera oír tu voz: ¡Animo! Soy Yo. No tengáis miedo, hombres de poca fe.

Grábame dentro del alma, que detrás del viento, detrás de las olas y de las tempestades, detrás de esos enemigos que a lo más tienen poder para —matar el cuerpo, pero no pueden matar el alma— (Mt 10, 28), estás Tu, Señor, andando sobre las aguas, para quitarme el miedo.

Un día vendrá la Muerte.

Y no me parecerá un mero fantasma. Pero lo será: ¡Fantasma y sólo fantasma!

Aquel día. Señor, vente a mí andando sobre las aguas.

Y grítame fuerte para que Te oiga: ¡Animo! Soy Yo. No tengas miedo.

Mi fe —esa fe que es puro don y regalo tuyo— te verá en la oscuridad.

Y te diré con Pedro: «Mándame ir a Ti sobre las aguas.»

Y Tú me dirás: «Ven.»

Y no me hundiré, no, porque Tú me tenderás la mano.

Y dejaré de ser alma de poca fe... porque Te veré cara a cara.

¡Amén!

CUESTIONARIO

- ¿Procuro ver detrás de los acontecimientos desagradables la mano del Señor?
- ¿Me tranquiliza de verdad esa visión?
- ¿Estoy convencido de que a mi lado está siempre El, y procuro –ya que El me la brinda– asirme de su mano?

INTENCIONES DEL PAPA

Noviembre General: *Que todas las personas del mundo, especialmente los responsables de la política y la economía, se esfuercen por salvaguardar la Creación.*

Misional: *Que los creyentes de las diversas religiones testimonien con sus vidas y el diálogo fraterno, que el nombre de Dios es portador de paz.*

Intenciones de la Conferencia Episcopal Española

Noviembre: *Que el Espíritu Santo inspire a obispos, presbíteros y diáconos anunciar el don de Dios con lenguaje apropiado a nuestro tiempo*

El Papa subraya la necesidad de “encontrar espacios” para hablar con Dios

Dedicó la catequesis de hoy al monje y obispo san Pedro Damiano

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles 9 de septiembre de 2009 (ZENIT.org).- *Es importante para el cristiano de hoy "saber hacer silencio interior para escuchar la voz de Dios, buscar, por así decir, un salón donde Dios hable con nosotros", considera Benedicto XVI.*

Con esta invitación a redescubrir hoy el silencio y la contemplación, quiso el Papa proponer la vida del santo ermitaño y obispo reformador de la Iglesia, Pedro Damiano, dentro del ciclo sobre escritores del primer milenio.

Damiano fue "básicamente un hombre de oración, de meditación, de contemplación, además de un fino teólogo", explicó el Papa. "Es una gracia grande que en la vida de la Iglesia el Señor haya suscitado una personalidad tan exuberante, rica y compleja, como la suya".

Este "intrépido hombre de Iglesia" del siglo XI, como lo llamó Benedicto XVI, nació en Ravena (Italia) y, tras una infancia llena de privaciones, logró destacar como estudiante y profesor.

Su amor a la contemplación le llevó pronto al eremitorio de Fuente Avellana, uno de los más austeros de su tiempo.

Para Damiano, la celda era "el salón donde Dios conversa con los hombres. La vida eremítica es para él la cumbre de la vida cristiana, porque el monje, ya libre de las ataduras del mundo y del propio yo, recibe las arras del Espíritu Santo y su alma se une feliz al Esposo celestial".

Esto, explicó el Papa, "es importante también hoy para nosotros, aunque no seamos monjes: saber hacer silencio en nosotros para escuchar la voz de Dios, buscar, por así decir, un salón donde Dios hable con nosotros".

"La íntima unión con Cristo debe implicar no sólo a los monjes, sino a todos los bautizados -añadió-, para no dejarnos absorber totalmente por las actividades, por los problemas y por las preocupaciones de cada día, olvidándonos de que Jesús debe estar verdaderamente en el centro de nuestra vida".

Otro dato destacado de su espiritualidad que el Papa quiso proponer también fue su admiración por el misterio de la Cruz: a ella "Pedro Damián dirige oraciones bellísimas, en las que revela una visión de este misterio que tiene dimensiones cósmicas, porque abraza toda la historia de la salvación".

"Que el ejemplo de Pedro Damián nos empuje también a mirar siempre a la Cruz como al supremo acto de amor de Dios hacia el hombre, que nos ha dado a salvación", añadió el Papa.

Visión de la Iglesia

San Pedro Damián es conocido por su labor de reforma, en una época en la que la cuestión de las investiduras había provocado una profunda relajación moral dentro de la Iglesia. Para ello tuvo que aceptar el nombramiento del papa como obispo cardenal de Ostia, entre otros encargos.

El eremita "vio que no era suficiente contemplar y tuvo que renunciar a la belleza de la contemplación para ayudar en la obra de renovación de la Iglesia. Renunció así a la belleza del eremitorio y con valor emprendió numerosos viajes y misiones", narró el Papa.

Este gran escritor "desarrolla una teología de la Iglesia como comunión", pues "está unida por el vínculo de la caridad hasta el punto de que, como es una en muchos miembros, también está toda reunida místicamente en uno solo de sus miembros".

"Esto es importante: no sólo que toda la Iglesia universal está unida, sino que en cada uno de nosotros debería estar presente la Iglesia en su totalidad", añadió el Papa.

Con su vida, Pedro Damián "hizo de la vida monástica un testimonio elocuente de la primacía de Dios y una llamada para todos a caminar hacia la santidad, libres de todo compromiso con el mal".

Con su intervención, el Papa continuó con la serie de intervenciones sobre algunas de las grandes figuras de la vida de la Iglesia desde sus orígenes.

[Por Inma Álvarez]

TEMA DE REFLEXIÓN

DICIEMBRE 2009

«CONVERTIOS, PORQUE EL REINO DE LOS CIELOS HA LLEGADO»

(Mt 4, 17)

La espera multiseccular de la venida del Mesías, que la Liturgia del tiempo de Adviento nos invita a revivir todos los años, culmina con la invitación que Juan hace en el desierto de Judea (Mt 3, 2) y que Jesús repite al comienzo de su predicación (Mt 4, 17).

—«Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado.»

La conversión es un concepto bíblico, muy empleado por los Profetas, que en hebreo se expresa con un verbo de movimiento con el significado de «darse la vuelta», y en griego, con términos que significan «cambiar de manera de pensar».

La invitación del Bautista y de Jesús viene a decir: Daos la vuelta, cambiad de postura y de manera de pensar. Vivís de espaldas a Dios, apegados y con la vista fija en las cosas materiales. Volved vuestra mirada a Dios, que os trae una maravillosa oferta.

En nuestro lenguaje común ascético, conversión ha venido a significar el arrepentimiento del que vive en pecado mortal y vuelve a la vida de la gracia. Ello hace que la llamada bíblica y litúrgica a la conversión suene a hueco y resulte vacía de contenido para los que habitualmente viven en gracia.

Y no es así.

Porque, sin llegar al abandono de Dios que constituye el pecado, a menudo el apego a las cosas de aquí nos absorbe hasta el extremo de hacernos olvidar la primacía de Dios y de su Reino; la atención a los asuntos temporales no deja espacio en nuestras vidas para el quehacer apostólico; las preocupaciones egoístas hacen que al alma le falte tiempo para pensar en Dios; los árboles junto al camino nos inducen a desviarnos hacia la cuneta en busca de una sombra cuyo disfrute nos hace perder de vista y retrasar la llegada a la meta. Necesitamos continuamente carteles anunciadores que nos digan:

—«Convertíos, porque el Reino de los Cielos ha llegado.»

La llamada de Jesús, repetida por la Liturgia de la Iglesia, nos invita a todos a volvernos a la única cosa necesaria, a lo único que verdaderamente nos interesa y que tan a menudo descuidamos. Cuando se piensa en la infinita grandeza de Dios, que para nada necesita de nosotros, y que, ello no obstante, se digna llamarnos por el teléfono de su Hijo para conversar con nosotros, se comprende que nuestra felicidad consista en vivir pendientes de esa llamada, y con el auricular siempre en la mano, prontos a repetir a cada instante con el alma transida de gozo: ¡Dígame! ¡Dígame!

Ello implica «puesto que la tendencia a la distracción es permanente» una gimnasia de cuello continua: ¡Media vuelta! ¡Media vuelta!

Bien merece la pena.

Porque el Reino de Dios al que se nos invita es la insospechada oferta que Dios hace a los pobres (Mt 5, 3) de un tesoro escondido (Mt 13, 44) y de una margarita preciosa (Mt 13, 45) a cambio de las cuales tiene cuenta vender cuanto poseemos para adquirirlos; es una invitación que el Padre nos hace al Banquete de Bodas de su Hijo (Mt 22, 2 y 21, 1); es algo que se adquiere trabajosamente («El Reino de los Cielos padece violencia y sólo haciéndose violencia se conquista»: Mt 11, 12) pero que está al alcance de la mano («El Reino de Dios está dentro de vosotros»: Lc 8, 11). Y así tiene que ser, porque el Reino de Dios «no es de este mundo» (Jn 19, 26); es un «tesoro en el cielo donde no hay polilla ni herrumbre que corroan, ni ladrones que socaven y roben» (Mt 6, 20). Merece la pena, porque ese será el premio final: «Venid, benditos de mi Padre a poseer el Reino» (Mt 25, 34).

Repíteme, Señor, tu consigna:

—Convertíos, porque el Reino de Dios está cerca. Y si yo no lo hago, hazlo Tú: Si yo no me convierto, conviérteme Tú.

Convencido de la importancia que esto tiene, te pido con Jeremías:

—«Conviérteme, y me convertiré» (Jer 31, 8).

CUESTIONARIO

- ¿Me esfuerzo por avivar en mí la conciencia de la presencia de Dios en mí, que me invita a conversar con El?
- ¿Qué lugar ocupa en mi vida la preocupación por el Reino de Dios?
- ¿Trato de sustituir, cada día un poco más, los criterios mundanos por criterios de Dios?

INTENCIONES DEL PAPA

Diciembre General: *Que los niños sean respetados y amados, y jamás explotados de ninguna manera.*

Misional: *Que los pueblos de la tierra abran las puertas a Cristo, Salvador del mundo, y le reconozcan como luz de la humanidad*

Intenciones de la Conferencia Episcopal Española

Diciembre: *Que los científicos y legisladores promuevan y respeten la vida humana, desde su concepción hasta su fin natural.*

He conocido un acontecimiento

Qué y por qué del Meeting de Rímimi. Un referente estival, que cada agosto reúne a casi setecientas mil personas

Año tras año, y con treinta ediciones ya en su haber, el **Meeting de Rímimi** es ya un referente estival, cuando al final de cada agosto convoca y reúne a casi **setecientas mil personas**. Nos preguntamos qué y por qué de semejante evento. Esta iniciativa debida a la pasión por el hombre al que Cristo abraza y salva, tiene un sinfín de perfiles que con inmensa creatividad llevan a cabo miembros de **Comunión y Liberación**, movimiento eclesial fundado por el sacerdote **Luigi Giussani**, fallecido hace cuatro años.

Cada encuentro tiene un lema en torno al cual se ofrecen una serie de motivos para un verdadero **encuentro entre los pueblos en la amistad esencial** que les une. De hecho, la iniciativa se llama precisamente así: 'Meeting para la amistad entre los pueblos'. Y sorprende desde el primer instante de esa magna reunión, que no hay nada verdaderamente humano que no tenga cabida en esa semana tan intensa: la celebración litúrgica, el teatro, el cine, la música, el deporte, la literatura, la educación, la familia, el diálogo ecuménico e interreligioso, el debate político, los retos y desafíos que esta generación actual tiene planteados, la mirada a la larga tradición cristiana y humana que nos mira desde atrás, y el asomo esperanzado a un mundo mejor que palpitando en el corazón de Dios ha querido Él poner en nuestras manos.

Se entiende así, lo fascinante y vivaz de cada edición del Meeting, en donde en las distintas conferencias, en cada representación teatral o cinematográfica, en los conciertos, en cada libro presentado, en las diferentes muestras o exposiciones monográficas con los más diversos temas, haya una **lealtad con las exigencias del corazón humano** y una apertura igualmente coherente con los factores en los que ese corazón inquieto es abrazado y salvado en las circunstancias de la existencia cotidiana.

El lema de este año ha sido '**El conocimiento es siempre un acontecimiento**'. Podría parecer una expresión abstracta o compleja, pero la celebración del Meeting ha sido una vez más el más claro comentario al lema. Efectivamente, hay tantos conocimientos que solamente generan vaga erudición, saber sin sabor, sin que acontezca nada en la vida. Pero hay un tipo de conocimiento que nos permite reconocer una novedad de tal calibre, **que la vida tiene un antes y un después**, pues acontece verdaderamente lo que llena de gusto, sentido, luz, verdad y belleza los pliegues de la existencia.

De tantos momentos vividos en esta edición del Meeting como podría relatar como ejemplo de esto que digo, me quedo con la exposición que pude recorrer sobre 'Nápoles. Ningún don de la gracia os falta'. Una ciudad con una **belleza herida**, cargada de contradicciones que a causa del desorden, el caos y la violencia, provocaba la dolorosa huida de quien tenía que elegir entre su propia supervivencia o permanecer en una tierra que en el fondo amaba. La exposición ponía de manifiesto algo que ya **Pablo** les dijo a los de **Corinto**: en medio de lo terrible de vuestra ciudad puede nacer algo nuevo; no se trata de volver cuando las cosas sean distintas, sino de permanecer ahí de otro modo para que las cosas puedan cambiar. No es la circunstancia cambiada la que legitima que sigamos adelante, sino un modo diferente de mirarla la que puede llegar a transformarla.

Quedé hondamente agradecido por esta **parábola viviente** que no me invita a la **huida cobarde**, ni a la **gregaria complicidad**, sino a ser yo en primera persona la primera entrega de un cambio deseado a mi alrededor. En aquellos amigos napolitanos, he conocido algo que ha supuesto para mí **un acontecimiento**. Así fue el paso de Cristo por la orilla de aquel imperio caduco: no dedicó un instante a maldecirlo, sino que propuso el cristianismo en primera persona, y el imperio cambió.

Jesús Sanz Montes (Forum Libertas)